

Las relaciones se deben cultivar y México no se cuidó de hacerlo, como demuestra la aceptación de algunos grupos a la retórica de Trump.

Al fin, tras un largo periodo de espera, **Roberta Jacobson** fue confirmada como embajadora de Estados Unidos en México y, como tal, enfrenta una tarea a la altura de sus enormes capacidades.

Nadie duda de las capacidades de **Jacobson**, reputada como la funcionaria estadounidense con mejor conocimiento de México; tampoco de su profesionalismo o de sus buenas intenciones.

Y pocos dudan de la importancia de un país para el otro, en el marco del nacimiento de una cada vez más poderosa región norteamericana que, sin embargo, todavía es contradictoriamente frágil.

Pero el trabajo no puede ser sólo de **Jacobson** o de su contraparte, el nuevo embajador de México en Washington, **Carlos Sada**.

No va a ser fácil. Como dice el refrán: “se necesitan dos para el tango”.

Lo cierto es que las relaciones entre los dos países son buenas y complementarias, en lo general. Pero las relaciones se deben cultivar y México no se cuidó de hacerlo, como demuestra la aceptación de algunos grupos a la retórica del precandidato republicano **Donald Trump**.

En términos reales, la imagen de México deja qué desear en Estados Unidos, y por más que la imagen estadounidense haya mejorado, en México se renuevan actitudes seudonacionalistas que tienen un blanco fácil en Estados Unidos.

En el caso de la embajadora **Jacobson**, con toda la simpatía que pueda tener por y para México, su trabajo principal es defender y representar los intereses de su país. Y sí, cierto, parte del trabajo del embajador estadounidense en México es informar e interpretar el país para la Casa Blanca.

Pero también hacer saber al gobierno mexicano de los intereses de Washington, y aunque creamos que sean “de dientes para afuera” o incluso hipócritas o motivados por política doméstica, esos incluyen derechos humanos, legalidad y medio ambiente.

El reto es para el gobierno mexicano. Hay un límite para lo que pueden hacer las relaciones públicas y las proyecciones de imagen.

Es cierto que se puede alegar, con razón, que no hay fórmulas milagrosas que lleven al país al edén inalcanzable que promueven las organizaciones no gubernamentales, prometen nuestras leyes y, finalmente, desmienten nuestras acciones y en especial las de nuestras autoridades.

Pero también es cierto que si bien la creciente integración social y económica ha mostrado enormes ventajas y dejado una cauda de problemas, puso también sobre la mesa la internacionalización a nivel binacional de problemas locales y nacionales.

Y eso no trabaja en favor del gobierno de México, que puede verse de repente sujeto a las exigencias y las presiones de ciudadanos con doble nacionalidad a través del sistema judicial o político estadounidense.

Jacobson lo sabe y está consciente tanto de las carencias del país como de la necesidad de fortalecer su aparato gubernamental y de justicia.

Pero por supuesto, eso puede ser interpretado como “intervencionismo”...

Finally, after a long period of waiting, Roberta Jacobson was confirmed as ambassador of the United States to Mexico; she faces a task befitting her tremendous capabilities.

No one doubts the capabilities of Jacobson, who is reputed as the U.S. official with the greatest knowledge of Mexico, nor does anyone doubt her professionalism or good intentions.

And few doubt the importance of one country to another in the context of the birth of an increasingly powerful American region that is nevertheless still contradictorily weak.

However, it cannot just be the job of Jacobson or her counterpart, the new Ambassador of Mexico in Washington Carlos Sada.

It is not going to be easy. As the saying goes, “It takes two to tango.”

What is certain is that the relations between the two countries is good and complementary in general. However, the relationship must be nurtured, and Mexico has not taken care in doing so, as shown by the acceptance from some groups of the rhetoric of Republican presidential candidate Donald Trump.

In real terms, Mexico’s image leaves something to be desired in the United States; and no matter how much the American image has improved in Mexico, pseudonationalistic attitudes that find an easy target in the United States are being renewed.

In the case of Ambassador Jacobson, with all the sympathy that she might have from and for Mexico, her main job is to defend and represent the interests of her country. And yes, it is true that part of the U.S. ambassador’s job in Mexico is to inform about and interpret the country for the White House.

However, it is also to let the Mexican government know about Washington’s interests, and even though we might believe that they are “lip service,” or even hypocritical, or motivated by domestic policy, these interests include human rights, legality and the environment.

The challenge is for the Mexican government. There is a limit to what public relations and image projections can do.

It is true that it can be argued — rightly so — that there are no miracle formulas that will lead the country to the unattainable Eden that promotes nongovernmental organizations and our laws and, lastly, denies our actions, especially those from our authorities.

However, it is also true that while the growing social and economic integration has shown huge advantages and left a trail of problems, it has also put on the table the internationalization of local and national problems on a binational level.

And that does not work in favor of Mexico’s government, which can suddenly become subject to the demands and pressures of citizens with dual nationality through the U.S. judicial or political system.

Jacobson knows this and is aware of both the country's shortcomings and the need to strengthen its governmental and justice apparatus.

However, of course, this can also be interpreted as "interventionism"...